

Una cuestión de educación

Cuando decimos de algo que «es más viejo que Ir a pie», entendemos y damos a entender que la solera de ese algo se remonta a la más alta noche de los tiempos del pitecántropo. Igualmente podríamos decir de cosa o persona antigua que es «más vieja que correr», o «que nadar» o «saltar», puesto que nos consta que el hombre cuaternario del Pleistoceno, con un león detrás o bien con un mero o un ciervo por delante, corría, saltaba, se zambullía y demarraba como un arcángel apresurado.

Así las cosas, y a pesar de que el hombre, al urbanizarse y civilizarse con el paso del tiempo fuese perdiendo esas facultades que Dios, el Azar y la Necesidad le habían dado (pues no debe ignorarse que la urbs y la civitas de antaño, como las de ahora, ofrecían pocas facilidades a los antiguos nómadas o transhumanes, sentados ya o sedentarizados, para seguir ejercitando sus músculos), en ciertas civilizaciones aparecieron fiestas o juegos de competición atlética, quizá como homenaje a la pérdida destreza corporal o quizá como entretenimiento de paladines y guerreros de cara a futuras escabechinas. Así nacieron los Juegos de Olimpia o las competiciones en circos y estadios de la Roma Imperial, por poner dos ejemplos más que conocidos.

Pero en tales fiestas y torneos no participan más que como espectadores, mirones pasivos de las hazañas de los elegidos. Esto ocurrió porque aristócratas, militares y poderosos fueron reservándose para sí mismos o para los animales o los esclavos de su propiedad el papel de actores o atletas, cazadores, jinetes, púgiles o esgrimistas. El pueblo de a pie, ese soberano siempre invocado y siempre destronado, se conformó con ver, aplaudir, apostarse la camisa y los cuernos y el sustento de su mujer y de sus hijos, mientras masticaba pan en el circo y se emborrachaba, si le invitaba a vino algún magnate que se sentía rumboso por el triunfo de su tiro de caballos o de oriundo bético de su propiedad, buen púgil o descabezador.

Resulta extraordinaria, por lo sospechosa, la renuncia por parte de la plebe de un derecho tan elemental como el de participar activamente en ejercicios lúdicos como eran y son el juego, la carrera, el molar a golpes a un semejante. La tal renuncia debió ser de obligado cumplimiento, algo así como hoy día es el trabajo o servicio llamado voluntario, que es más obligatorio en muchas latitudes, y también en la nuestra, que fuera nunca el del cumplimiento del ayuno pascual o del ramadán o los siete primeros viernes. Renuncia, pues, de obligado cumplimiento, impuesta a punta de vara o lanza, qué sé yo, que convirtió a la mayoría de la gente en espectadores de unos pocos.

Esto es el origen, porque más tarde ya se comprende con poco esfuerzo que el acongojado y jeringado pueblo soberano, mal comido, mal cobijado y peor educado, no tuviese arrebatos para participar en carreritas y pugilatos, y se comprende también que una carencia o insuficien-

cia de vitaminas, hidratos de carbono, y sobre todo de proteínas, produjera efectos en la herencia genética: de generación en generación y en degeneración, los pobres producían niños pobres, escrufulosos y raquíticos, cabezones, patícticos y con ganglios, y lo han seguido haciendo hasta hace poco en nuestros pagos, y lo hacen todavía en esos mundos llamados de Dios, y no por gusto o vicio, ni tampoco por castigo divino a su afición desmedida de tener prole, proletarios les llamaron por eso, ni como resultado fatal de su consuetudinaria tendencia al fornicio.

El deporte, voz en castellano del siglo XV, derivada de deportarse o divertirse, o de depuerto, que es solaz y entretenimiento (y que algún analfabeto de segundo grado, que es la especie más peligrosa, quería hacer derivar de la jerga marsellesa, de los marineros que estaban de port, en puerto, y realizando ejercicios corporales que prefiero no imaginar), el deporte, resucitada palabra castellana, el pasado siglo, para traducir el término inglés sport, tan latino como snob (sine nobilitate), o son nobleza, cosa que cuadra bien a los anglosajones de las narices (me salvé de la rima), el deporte, decíamos ahora mismo, ha sido siempre espectáculo para muchos y ejercicio para pocos. Esto no es un invento moderno, señoras, pedagogos y camaradas. De lo que se trata es de arreglar ese estropicio histórico, de modificarlo ya, empezando por nuestra casa celtibérica en la que para un deportista practicante tocamos a más de doscientos mil espectadores o algo así.

Ni tan siquiera el inefable y llorado barón de Coubertin se pudo escapar, mal le pesara, de darle carácter elitista a los por él resucitados Juegos Olímpicos: el barón, como el personaje de Molière, hablaba en prosa olímpica y aristócrata sin saberlo: su frase «lo importante no es vencer, sino participar», le iba al pelo a la nueva burguesía que quería volverse añeja y aristócrata, ayer y aún hoy; semejaba un bálsamo calmante para el pueblo o masa que jamás vencía, que participaba siempre como perdedor o espectador en la dura competición de la supervivencia, los honores, la plusvalía del trabajo que produce, manejada por quien sea, todos los bienes de la tierra, que lógicamente disfrutaban los manejadores, sean quienes sean, Carlos Marx dixit. Sí, los aristócratas, los pertenecientes a familias que han comido caliente y no han trabajado con las manos desde hace siglos, estamos en ventaja, y eso no puede ser. La buena alimentación heredada y mantenida se notan, y no sólo en las oposiciones a notarías. Se trata, y eso lo han comprendido algunos Gobiernos, de que toda la gente coma mejor, reciba mejor educación y no sea idiotizada. Está cantado: en muchos países, y en el nuestro como en el que más, sobran gradas y faltan pistas, campos y piscinas. Pero antes hay que dar posibilidades al personal para que coma y vaya a la escuela. Poca broma.

José Agustín GOYTISOLO

(Moscú, julio 1980)